

LIBRO PRIMERO

FIN Y MÉTODO

CAPÍTULO PRIMERO

La Psicología política.

La primera manifestación del progreso de una ciencia es renunciar á las sencillas explicaciones que contienen sus comienzos. Lo que parece al principio fácil de comprender, llega á ser más tarde muy difícil de explicar.

Los estudios relativos á la evolución de la vida de las naciones han sufrido el mismo proceso. Después de haber tratado de interpretarlo todo, los historiadores comienzan á ver que disertaban muchas veces sobre quimeras.

Los fenómenos sociales aparecen hoy como mecanismos extremadamente complicados, estrechamente jerarquizados y de gran dificultad. La evolución de los pueblos es tan compleja como la de los seres vivientes.

La ciencia investiga aún las leyes que determinan las transformaciones de las especies y que condicionan sus formas sucesivas. Las leyes de la evo-

lución social son aún poco conocidas. Sólo algunas han sido vislumbradas.

No habiendo salido de la fase de las generalizaciones vagas y de las conjeturas el análisis de los diversos elementos, cuyo conglomerado constituye una sociedad, permanece muy fragmentaria aún la visión de las cosas, con que se contentan los teóricos de lo desconocido. En el encadenamiento de las necesidades que dirigen la trayectoria de la vida de un pueblo, eligen aquellas que más impresionan su espíritu y olvidan las demás. Por esto, el único interés de la Historia parecía ser el relato de los hechos de los soberanos, y sobre todo de sus batallas. Todo lo que concierne á la existencia de los pueblos era hasta hace poco tiempo desdenado ó ignorado.

La ciencia ya no se contenta con las breves respuestas de los tiempos pasados á los *porqués* que surgían de todas partes y de los cuales está llena la vida política de las naciones. ¿Por qué tantos pueblos surgen bruscamente de la nada y llenan el mundo con el ruido de su grandeza? ¿Por qué después se han sumido en un olvido tan profundo que durante siglos se ignora todo lo que á ellos se refiere? ¿Cómo nacen, evolucionan y mueren los dioses, las instituciones, las lenguas y las artes? ¿Rigen á las sociedades humanas, ó son, por el contrario, regidas por aquéllas? ¿Por qué ciertas creencias, como el islamismo, surgieron casi instantáneamente, mientras que otras tardaron siglos en establecerse? ¿Por qué el mismo islamismo sobrevivió al poderío político que le sirvió de base y se esparce todavía, mientras otras religiones, como el cristianismo y el budismo, parecen declinar y acercarse á su fin?

Á todos estos *porqués* y á muchos otros no faltarán nunca respuestas. Nos parecemos á los niños, que todo lo preguntan. Pero las explicaciones, que satisfarían á una ciencia incipiente, cuando alcanza su madurez no las admite ya.

* * *

Ha pasado ya la edad en que los dioses dirigían la Historia. La providencia bondadosa que guiaba nuestros pasos inciertos y reparaba nuestros errores se ha desvanecido para siempre. Abandonado á sí mismo, el hombre necesita orientarse solo en el pavoroso caos de las fuerzas ignoradas que le rodean. Éstas aún le dominan, pero va aprendiendo á dominarlas á su vez. Este dominio, cada vez más acentuado, sobre la naturaleza es lo que significa la palabra *progreso*.

No basta dominar la naturaleza: el hombre que viva en sociedad debe aprender á dominarse á sí mismo y someterse á las leyes comunes. Á los jefes de las naciones corresponde la misión de dictar estas leyes y hacerlas respetar.

Siempre ha sido un problema muy difícil el de conocer los medios de gobernar útilmente á los pueblos, es decir, la Psicología política; pero esta dificultad es aún mayor hoy en que las nuevas necesidades económicas, nacidas de los progresos científicos é industriales, pesan duramente sobre los pueblos y escapan á la acción de sus gobernantes.

La Psicología política participa de la misma incertidumbre. Pero es necesario, sin embargo, utilizarla tal como es, porque los acontecimientos nos empujan y no esperan. Las decisiones que estos úl-

timos obligan á adoptar tienen muchas veces una importancia considerable, pues las consecuencias de un error pueden pesar sobre muchas generaciones. El siglo que ha precedido al nuestro nos suministra en este respecto numerosos ejemplos.

Las reglas más importantes del gobierno de los hombres son las relativas á la acción. ¿Cuándo, cómo y en qué límites obrar? La respuesta á estas preguntas constituye todo el arte de la política.

* * *

Analizando los errores políticos de que está sembrada la trama de la Historia, se deduce que tuvieron aquéllos generalmente por causa errores de psicología.

Las artes y las ciencias están sometidas á ciertas reglas que no se pueden impunemente violar, é igualmente existen también otras inmutables para gobernar á los hombres. Su descubrimiento es muy difícil, sin duda, puesto que hasta ahora muy pocas han sido claramente formuladas.

El único tratado verdadero de Psicología política conocido fué publicado hace cuatro siglos por un ilustre florentino, á quien su obra le hizo inmortal. El suntuoso mármol que protege su sueño eterno está bajo las bóvedas de la célebre iglesia Santa Croce. Este panteón de las glorias de Italia encierra magníficos monumentos dedicados á la memoria de los hombres que labraron su grandeza: Miguel Ángel, Galileo, el Dante, etc. Los méritos de estos semidioses del pensamiento están grabados en letras de oro. En esta galería de hombres ilustres no hay más que una tumba sobre la cual se haya juzgado inútil establecer una extensa ins-

cripción. Una sola indicación figura en ella: Maquiavelo, 1527. *Tanto nomini nullum per elogium* (ningún elogio iguala á tal nombre).

La obra que valió á su autor un epitafio tan glorioso y tan breve es un pequeño libro titulado *El Príncipe* y al que he aludido anteriormente. El ilustre escritor formula allí reglas precisas sobre el arte de gobernar á los hombres de su tiempo.

De su tiempo y no de ningún otro. Por haber olvidado esta condición esencial es por lo que el libro, en un principio tan admirado, fué vituperado más tarde, cuando las ideas y las costumbres habían evolucionado y cesó de adaptarse á las necesidades de las edades nuevas. Entonces fué cuando Maquiavelo pasó á ser maquiavélico.

El eminente psicólogo, que poseía el sentido de la realidad, investigaba no lo mejor, sino únicamente lo posible. Para penetrar en su genio es necesario trasportarse á aquel período brillante y perverso en que la vida del prójimo no tenía importancia, y donde el hecho de llevar el vino consigo para no ser envenenado cuando se iba á comer á casa de un cardenal, ó de un amigo, era considerado como un hecho natural. Equiparar la política de aquella edad con las ideas de la nuestra sería tan ilógico como querer interpretar las Cruzadas, las guerras de religión y la Saint-Barthelemy con la luz de las concepciones actuales.

Maquiavelo no era un simple teórico. Interviniendo directamente y por razón de sus cargos en la política activa de su país, había pasado por las dimensiones que perturbaban las repúblicas italianas que se hallaban entonces en pleno régimen sindicalista y sin cesar conmovidas por las más sangrientas discordias. Había visto en 1502 á Florencia

obligada á crear el gonfalonato vitalicio, que no era, en realidad, más que una verdadera dictadura perpetua, es decir, cesarismo puro. Esta última forma de gobierno le parecía una fase fatal de la anarquía, que han engendrado siempre los gobiernos populares, y no se engañaba, puesto que todas las repúblicas italianas terminaron en ella, como antes las repúblicas ateniense y romana.

La mayor parte de las reglas del arte de gobernar á los hombres, enseñadas por Maquiavelo, son desde hace largo tiempo inutilizables, y, sin embargo, cuatro siglos han trascurrido sobre los restos de este gran hombre sin que nadie haya intentado imitar su obra.

La Psicología política, ó ciencia de gobernar, es sin embargo tan necesaria que los hombres de Estado no pueden pasar sin ella, y en efecto, no prescindan de ella; pero, faltos de leyes formuladas, constituyen su única guía las impulsiones del momento y algunas reglas tradicionales muy sumarias que les conducen frecuentemente á lamentables errores. Napoleón, tan conocedor de la psicología de los franceses, ignoró profundamente la de los rusos y la de los españoles. Esta ignorancia fué la causa de guerras en las que todo su genio de conquistador se estrelló contra un patriotismo inesperado que ninguna fuerza hubiera podido vencer. El heredero de su nombre, mal aconsejado, cometió en Crimea, Méjico, Italia y otros sitios errores gravísimos de psicología que ocasionaron á los franceses una nueva invasión.

Los grandes directores de los hombres son, necesariamente, grandes psicólogos. Sin el conocimiento íntimo de la mentalidad de los individuos y de los pueblos que poseía tan admirablemente

Bismarck, la superioridad de los ejércitos germanos no hubiese bastado para fundar la unidad alemana.

••

La Psicología política se construye con diversos materiales que son: la psicología individual, la psicología de las multitudes y la de las razas. Nuestros maestros consideran estos conocimientos como perfectamente inútiles, puesto que no se encuentran mencionados en ninguno de sus programas. En la Escuela de Ciencias Políticas hasta parece ignorarse su existencia. ¿No es extraño que se pueda ser doctor en Ciencias políticas sin haber oído jamás hablar de conocimientos que son, sin embargo, las verdaderas bases de la política?

El único bagaje psicológico de las medianías, en los hombres de Estado, lo constituyen algunas nociones tradicionales, y se encuentran absolutamente desorientados ante ciertos problemas nuevos á los que la rutina no da solución. Cuando se toman por guía las impulsiones de los partidos, los errores que se cometen son innumerables. Muy larga sería su lista, aunque se limitara á estos últimos años. Error craso de psicología es la separación de la Iglesia y el Estado, que concede al clero una independencia y un poder que los más católicos de nuestros reyes no hubieran jamás tolerado. Errores fundamentales de psicología son nuestros principios de educación, tan diferentes de aquellos que condujeron á Alemania á la realización de todos sus progresos científicos, industriales y económicos. Errores de psicología son las ideas de asimilación, á los que las colonias francesas deben su de-

cadencia. Error de psicología es la disposición que introduce en el ejército los *apaches* antiguamente confinados en batallones especiales compuestos de otros *apaches*, y en donde por consecuencia su contacto no podía contaminar á nadie. Error de psicología grave es también la capitulación del gobierno en la primera huelga de empleados de Correos. Error de psicología es un gran número de nuestras leyes que pretenden ser humanitarias. Error de psicología, en fin, es esta utópica esperanza de rehacer las sociedades á fuerza de decretos y la creencia de que un pueblo puede sustraerse completamente á la influencia de su pasado.

Las fuerzas que determinan las acciones de un pueblo son complejas: fuerzas naturales, económicas, históricas, políticas, etc. Terminan, finalmente, por producir cierta orientación en nuestros pensamientos y, por consecuencia, en nuestra conducta. Estas diversas fuerzas acaban transformándose en fuerzas psicológicas, en las que, por lo tanto, todas las otras se resumen.

* *

Las dificultades entre los pueblos son algunas veces tan graves que no pueden ser resueltas más que á cañonazos; el único derecho que entonces se invoca es la ley del más fuerte. Así aconteció en las diferencias de Prusia y de Austria, del Transvaal y de Inglaterra, del Japón y de Rusia; pero cuando se trata de cuestiones secundarias, los factores psicológicos, hábilmente manejados, consiguen algunas veces reemplazar á los argumentos militares. Únicamente puede desdeñarlas un adversario muy superior en poder, enarbolando su espada como lo

hicieron Napoleón y Bismarck, y el adversario tendrá que someterse esperando la hora del desquite, que seguramente llegará.

Nadie es hoy bastante fuerte para emplear estos procedimientos sumarios. Las alianzas no permiten ya á ningún soberano hablar como si fuese el único amo. La aventura de Marruecos ha enseñado á los pueblos la suerte que les espera si no saben solidarizar sus debilidades para defenderse. Es, por lo tanto, indudable que las discusiones provocadas por los incidentes de la vida cotidiana se entablan entre fuerzas poco menos que iguales, y entonces la psicología adquiere importancia y las acciones diplomáticas pueden llegar á ser decisivas.

Es cierto, sin embargo, que esta acción no es hoy lo que antiguamente era. El público, enterado por el telégrafo, el teléfono, los periódicos, discute apasionadamente los más insignificantes acontecimientos políticos, mientras los diplomáticos cambian lentamente sus notas secretas. Antes negociaban con el mayor sigilo y secreto, ahora discuten á la luz del sol y siguiendo la opinión en lugar de precederla. Y, sin embargo, su papel, injustamente desdeñado, tiene cierta utilidad: acontecimientos recientes lo demuestran.

Muchas cuestiones importantes han sido, en efecto, solucionadas gracias á la intervención diplomática. Sirvan de ejemplos el bombardeo de los vapores pesqueros ingleses por los acorazados rusos al comienzo de la guerra con el Japón; asunto de Casablanca; diferencias austro-rusas á propósito de Servia, etc. Si en las vísperas de 1870 Francia hubiese tenido diplomáticos de un nivel un poco más que mediano, se habría aplazado la guerra hasta tener preparadas las alianzas.

En fin, la Psicología política enseña á resolver los problemas que se plantean en cada momento, tales como el de saber cuándo es necesario ceder ú oponerse á las exigencias populares. Los hombres de Estado, según su temperamento, ceden sistemáticamente ó resisten siempre, y éste es un detestable principio. Es necesario saber resistir ó ceder, según las circunstancias. Ésta es la parte de la Psicología política más difícil y cuyas consecuencias pueden producir errores más graves. La Revolución francesa hubiese sido evitada y seguramente atenuada si en la época de la crisis agrícola y financiera de 1788, que acreció la miseria de las clases obreras por el hambre y la falta de trabajo, la clase aristocrática no hubiese persistido en rechazar la igualdad fiscal. De aquí provino un odio intenso contra las clases privilegiadas y los motines que engendraron la desmoronación de todo lo existente.

• •

Extrañado en alguna ocasión de la falta de obras especiales sobre Psicología política, esperé constantemente se llenase este vacío. Después de diez años casi exclusivamente consagrados á las experiencias de física, cuyo resultado es mi libro sobre la evolución de la materia, estas investigaciones resultaron demasiado costosas para persistir en ellas. Tuve que abandonarlas y me resigné á volver á mis antiguos estudios. Deseoso de aplicar á la política los principios expuestos en muchas de mis precedentes obras, rogué á mi eminente amigo el profesor Ribot que me indicase los tratados de Psicología política publicados durante el último siglo. Su respuesta me convenció de que no existían. Mi extrañeza fué la mis-

ma que cuando quince años antes, queriendo emprender el estudio de la psicología de las multitudes, comprobé que nada se había escrito sobre este asunto.

Cierto es que abundan las disertaciones políticas desde Aristóteles, pero sus autores han sido teorizantes, extraños á las realidades de su tiempo y sin conocer más que al hombre quimérico surgido de sus ensueños. Ni la psicología, ni el arte de gobernar tienen ninguna relación con ellas.

La falta de obras clásicas sobre este asunto y de cátedras consagradas á su enseñanza, comprueba que su utilidad no aparece claramente. Es necesario, pues, demostrarla y éste será uno de los fines de este libro.

La Psicología política se basa, según queda ya dicho, en elementos procedentes de la psicología individual, de la de las multitudes, de la de los pueblos, y en las enseñanzas de la Historia. Muchos de estos materiales comienzan á ser conocidos, pero no están lo suficientemente relacionados para formar un todo.

En el estado actual de nuestros conocimientos, la política no puede ser más que una adaptación diaria de la conducta á las necesidades. Racionales ó no, lo único que interesa son éstas. Los prejuicios hereditarios de un pueblo y sus creencias religiosas pueden ser considerados absurdos por la razón, pero un verdadero hombre de Estado no tratará jamás de combatirlos si sabe que no lo puede hacer útilmente. Únicamente los teóricos ignorantes de las realidades creen que la razón pura gobernará al mundo y transformará á los hombres. En realidad, la inteligencia prepara lentamente las modificaciones que, á la larga, transformarán nuestras almas,

pero su acción inmediata es muy débil. Muy pocas cosas pueden ser cambiadas por aquella brusquamente.

La Psicología política se halla aún, según hemos dicho, en la época de las incertidumbres. Sin embargo, algunas leyes, ciertamente empíricas, pero, no obstante, muy determinadas, se conocen con frecuencia y la prueba de su valor no se hallará formulándolas, sino demostrando las consecuencias de su ignorancia. Éste será uno de los fines que me propongo.

El desenvolvimiento de los principios que me han servido de guía exigiría comentarios que las dimensiones de este libro no consentirían, y que se encuentran, por lo demás, ampliamente expuestos en mis obras anteriores (1). Me limito casi exclusivamente en este libro á la aplicación de las reglas determinables de la Psicología política á los acontecimientos contemporáneos, y aun limitándome á este período bien circunscrito, es, sin embargo, tan vasto que con frecuencia me veré obligado á exponer indicaciones sumarias. Hubiera necesitado muchos libros para examinar la influencia de la Psicología política en la historia de los pueblos, en la formación de sus creencias y en las luchas guerreras que forman la trama de su pasado.

Teniendo que tratar de asuntos algo áridos, capa-

(1) 1.º Para los principios generales, véanse: *L'homme et les Sociétés, leurs origines et leur histoire*, 2 vol. in 8.º *Les lois psychologiques de l'Evolution des peuples*, in-18 (9.º édition). *La Psychologie des Joules*, in-18 (15.º édition). *Psychologie du Socialisme*, in-8.º (6.º édition). *Psychologie de l'éducation* (11.º édition). 2.º Para las aplicaciones de la psicología á la historia, véanse: *Les premières civilisations de l'Orient*, in-4.º *La civilisation des Arabes*, in-4.º *Les civilisations de l'Inde*, in-4.º

ces, por lo tanto, de enojar al lector, he procurado evitar las formas demasiado didácticas. Sucede con frecuencia que los asuntos más serios ganan cuando se presentan en forma amena.

••

Uno de los capítulos de esta obra, destinado á describir los factores de la persuasión, demuestra la importancia de la repetición. La convicción de su utilidad me lleva algunas veces á decir las mismas cosas en términos casi iguales, lamentando que la falta de espacio me impida hacerlo con más frecuencia. Napoleón no exageraba mucho cuando decía que la repetición es la única figura seria de la retórica. Puede afirmarse, por lo menos, que constituye uno de los más activos factores de la convicción. Todos los grandes hombres de Estado han conocido su poder. Por medio de repeticiones innumerables, el emperador de Alemania consiguió persuadir á las gentes de la utilidad de los sacrificios imprescindibles para la construcción de una gran flota de guerra. El ex presidente de los Estados Unidos, Mr. Roosevelt, decía con razón: «Todas las grandes verdades fundamentales suenan como cosa ya sabida, y por muy sabidas que sean, es necesario repetir las ahora y siempre».

Si son necesarias las repeticiones para difundir las verdades conocidas, ¿qué no será necesario hacer para imponer las verdades nuevas? Más de una vez lo he experimentado. Los apóstoles, que en el curso de las edades trasformaron nuestras creencias, debieron su triunfo á repeticiones incesantes. En efecto, el verdadero mecanismo de las convicciones difiere profundamente de aquel que enseñan

los libros. El razonamiento, de gran importancia para las demostraciones científicas, tiene escaso valor en la génesis de nuestras creencias. Las ideas no se imponen por su exactitud, sino únicamente cuando por el doble mecanismo de la repetición y del contagio han dominado esas regiones de lo inconsciente, donde se elaboran los móviles generadores de nuestra conducta. Persuadir no consiste simplemente en demostrar la exactitud de una razón, sino en imponer esta razón.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO ESPINOSA"
Año 1925 MONTREAL, CAN.

CAPÍTULO II

Las necesidades económicas y las teorías políticas.

Las imágenes evocadas en el espíritu por los relatos, impresionan poco, y por esto las diferencias del pasado y del presente no aparecen jamás con bastante claridad.

No se representan fijamente las cosas abstractas sino comparándolas con impresiones concretas ya sentidas. Quien haya visto una batalla ó un naufragio se sentirá siempre impresionado al oír la narración de sucesos semejantes.

Esta representación del pasado por medio de la comparación concreta se me hizo muy viva un día en las circunstancias siguientes: haciendo una excursión tuve que atravesar en automóvil el puente que hay sobre el río que divide en dos pueblos la antigua ciudad de Huy, en Bélgica. Una niebla tan intensa la envolvía, que fué necesario detenernos; descendí del automóvil y me asomé á la barandilla. Bajo el espeso manto de la bruma que cubría todo, se entreveían imponentes masas; aquello era para mí lo desconocido; esperé á que se revelase. De repente un rayo de sol disipó las nubes y en una visión imprevista surgieron, separados por el río, dos mundos, dos expresiones de la humanidad erigidas frente á frente, y que á primera vista aparecían como amenazadores, inconciliables y terribles. Sobre la margen izquierda un conglomerado de anti-